



Blanca Varela:

Hija de una famosa compositora de valores peruanos, de familia matriarcal y casada con el artista Fernando de Szyszlo, sus versos se han retroalimentado con el oficio pictórico. Sin discursos hechos, rebeldes contra la injusticia humana, no le gusta teorizar sobre su poesía ni tampoco hablar de su vida personal. Como viajera incansable, conlaga con la globalidad de las artes a través de la poesía —para ella una forma de vida— y encuentra en las obras el sentido de la trascendencia.

—¿Cuál diría usted que es su principal motivación como poeta?

—La vida misma. Todas las situaciones de la gente, los dolores, las alegrías, la miseria. La poesía es una lucha con las palabras y con mis sentimientos. Es una manera de explorarme.

—¿Cuándo comenzó a escribir?

—Muy pequeña; si había que hacer un soneto, lo hacía perfecto. Pero eso no es escribir. Comencé a hacerlo cuando fui a la Universidad San Marcos de Lima, donde estudié literatura y me di cuenta que me interesaba la creación, no la información. Los mejores maestros que he tenido han sido mis compañeros de estudio, mis amigos Javier Sologuren, Sebastián Salazar Bondy y Jorge Eduardo Eielson, quienes me enseñaron más cosas que los mismos profesores. También conocí a viejos poetas peruanos que están muriendo ya, como Emilio Adolfo Westphalen, quien ha sido mi gran maestro junto a Omar Villarán y César Moro. Fui una pésima alumna en la universidad, pero buena en la vida.

—A su parecer, ¿qué tiene en común la Generación del 50?

—¿Nada? Sólo un grupo compartió la calidad de la poesía que hicimos. Nos dividieron entre poetas puros y poetas sociales. Yo estaba entre los puros, aunque después mi poesía ha sido menos pura.

—¿Qué la condujo desde el Perú a Francia y posteriormente a Estados Unidos?

Ganadora del «Premio Octavio Paz» 2001, la ilustre poeta peruana de la generación del 50 debió suspender su participación en el Encuentro Internacional ChilePoesía para viajar a México a recibir este reconocimiento.



—Yo fui a París en 1949, el mismo día que me casé con Szyszlo, porque todos los jóvenes de mi época pensaban que era el centro del mundo artístico, donde las ideas estaban naciendo. En 1954 viajamos a Florencia,

donde vivimos un año, y partimos luego a Washington y a Nueva York por la carrera de Szyszlo. Buscábamos una identidad... Las ciudades tienen que ver con descubrir el contraste entre ser sudamericana en relación a París y a los Estados Unidos.

—¿Cómo influyeron estos lugares en su vida y en su obra?

—En París conocí a mucha gente que ha sido definitiva en mi vida, como Octavio Paz, Carlos Martínez Rivas y Julio Cortázar. Más tarde, cuando volví sola —porque tuve un primer divorcio con Szyszlo—, conocí a Sartre y a Simone de Beauvoir.

—¿Fueron amigos?

—Con Simone de Beauvoir, sí. Ella siempre me escuchó. Le interesaban las mujeres que estábamos tratando de hacer algo en la vida. Era la amistad de una persona que tiene más de cincuenta con otra de veinte y tantos, que era yo.

—¿Cómo asume el legado existencialista de la posguerra?

—En Lima ya había leído a Camus y a Sartre. De Simone de Beauvoir me impresionó mucho su libro *El segundo sexo*, porque en ese momento estaba muy preocupada por mi condición femenina. No soy feminista, pero me perturbaba que por ser mujer había que sentir de determinada manera. Por ejemplo, me ha indignado siempre que consideren a las mujeres como autoras de poesía erótica. Creo que el erotismo está estapando a la poesía en buena, pero detesto que los pongan en la frente un papelito que diga "poesía erótica".

—¿A qué se debe que en algunos poemas suyo el hablante lírico sea masculino?

—Eso fue al principio, porque generalmente la poesía ha sido un asunto de hombres. Era una manera de hacerme oír. Después hablaré con voz de mujer. Octavio lo dice muy bonito:

Incorpóreo paso

incorpóreo paso del sol a lo umbrío
agua música en la sombra viviente
atravieso la afilada vagina
que me guía de la oscuridad a la luz

bajo la alta cúpula sonora
en este colosal simulacro de nido
toco el vientre marino con mi vientre
registro misuciosamente mi cuerpo
bajo mis sentimientos
estoy viva

DE: CONCIERTO ANIMAL

La mano de dios

La mano de dios es más grande que él mismo.
Su tacto enorme tala los astros hasta el gemido.
El silencio rasgado en la oscuridad es la presencia de su carne
menguante.

Rasplandor difuso siempre allí. Siempre llegando.
Revelación: balbuceo celeste.

Día cerrado es él. Dueño de su mano, más grande que él.

DE: EL LIBRO DE BARRO

En: *Como Dios en la nada* (Antología 1949-1998).
Visor Libros, Madrid, 1999.

Blanca Varela. [artículo]

Libros y documentos

AUTORÍA

Varela, Blanca

FECHA DE PUBLICACIÓN

2001

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Blanca Varela. [artículo]. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile